

buen domingo

revista dominical, enero 23 de 1972

EL PAJARERO



EL

“La ciudad empajarada por su artesanía mágica se hizo soportable, sonora, primaveral”, escribió acerca del pintor Pablo Neruda. Y es que el hombre ha adherido a la tela el equilibrio mágico de los colores en armónico vuelo de aves.

Por NORA FERRADA



SOMOS NATURALEZA, ¿por qué buscar en nosotros a seres “especiales”?

El muchachito de mirada profunda y palabras tacañías, miraba absorto el puñado de colores que se había quedado a jugar en la tela. Eran muchos colores, colores amigos que parecían tener vida propia y moverse entre ellos como la naturaleza misma. Su forma podía ser la de un pájaro... pero podía ser también muchas otras cosas. Y le gustaba quedarse a mirar la tela porque su todo significaba libertad, fantasía, recreo. Alguien de los grandes la había colgado allí en la sala de estar y siempre que podía venía a contemplarla para encontrar el camino que lo alegraba...

Era este un muchachito... cualquiera. Este otro en cambio, pudo ser también un muchachito cualquiera, pero Héctor, al revés del primero, corría al patio de la quinta en que vivía en Tomé, corría afuera, a los alrededores de su casa humilde a buscar el regalo que la propia naturaleza le brindaba bullente de vida para llenarse con su espectáculo y gozar no sé qué cosas que él no entendía, pero que le hacían bien. Una vez libre de las paredes se soltaba al embrujo que la vida silvestre le ofrecía en esos bosques del sur llenos de perfume y color, llenos de copihues, y desde su escasa estatura desplazaba la vista despacito, despacito, recorriéndolo todo, deslumbrado... casi asustado de tener tan cerca estos árboles que llegaban al cielo, estas matas que no, estas gallinas, pájaros, gatos, perros, que iban y venían sin reparar en él y que le permitían disfrutar tan intensamente de lo que algunos llaman Universo. Esos mismos elementos dispuestos ante su vista fueron cobrando tal vigor en su espíritu que llegó un momento en que quiso aprisionarlos y recrearlos él. Tenía 5 ó 6 años. Al borde de un precipicio del lugar encontró una tierra rica, greda, y la amasó nervioso, rabioso, buscando formar algo de lo visto. Torció, trituró, hasta que sacó un perro. Fue fabuloso, fue una explosión, fue una prisión para la dicha. No era gritón, no era tan expansivo, pero lo mostró y le dijeron “¡Qué lindo!” y sintió que estaba empezando algo para él.

¡Y ES CLARO!

¡Comenzó algo para él y para muchos de nosotros! Fue el primer paso dado en la ruta del arte por Héctor Herrera, el pintor de los pájaros archiconocido por la pintura de éstos en gigantescas o medianas telas que abrigan paredes de

tantos hogares de diferente origen o de instituciones, hoteles y otros. Los salones del Hotel Sheraton San Cristóbal, los muros del Banco Edwards, las futuras paredes de la UNCTAD III...

Comenzó la hilera de buscar la forma de llegar a las formas con las manos y el espíritu conjugados. Y esta dilatación interior iba paralela con una vida sencilla de estudios primarios y de ganarse el pan todos los días. Su madre obtenía un peso y cincuenta por cada jornada de trabajo sacando pelusas con pinzas a los paños Fiap. El empezó a los ocho años podando pinos a pulso con un hacha en el cinturón y encaramado en lo alto. Un peso por pino.

Al mismo tiempo tío Manuel (Sanhueza, pintor) quien tenía una buena biblioteca que permitía bucear en ella, por las noches les brindaba el contacto maravilloso con la fantasía, dejando correr su voz y llegar el sueño a quienes ofan, en la inmensa pieza que servía de dormitorio a todos con la única luz de una vela y el fondo hablado de las novelas de Julio Verne, poemas y otras obras de escritores antiguos.

Y de día seguía el trabajo; leñador, mozo de familia (edad, 14 años), ganando 4 pesos al día por cargar adobes, carretillas con jabón.

El primer sueldo para comprar un cucharón a la madre. Un día de esos ver un señor pintando (Carlos Dorleac) y después correr a la casa a hacer lo mismo. Después sacristán, dos años repartiendo pan, operario en fábrica de conservas de pescado en Tomé, cargador de tablas en barracas haciendo castillos de madera también. Supervisor de gallinero en criadero de aves, cuatro años repartiendo productos químicos en motocicleta... ¡Y el contacto con Pablo Burchard en estampados! Allí sólo lavaba pinceles y frascos, pero observaba todo el desarrollo del trabajo artístico y anotaba lo que le interesaba.

Por ahí se casó. Se desprendió también de ese trabajo y se lanzó a la creación y al sustento independiente. Su mujer: “¡Estás loco, no va a resultar, no ganarás plata!”. Pero además, comprensión también y compañía e hijos: Pablo, Leonardo, Paz y Esmeralda. Trabajos en cobre, primero, luego platos de cerámica pintados y enseguida las telas imitando la naturaleza, después la escapada hacia lo abstracto y finalmente el encuentro con su pasión: los pájaros, que son pájaros y no lo son, que tienen esa arrancada que trenza lo cierto con lo creado y pone en disputa a los colores... para reconciliarlos en cualquier punto.

LE ESCUCHAMOS

Hijo de capitán de corbeta y de Luzmira Sanhueza, es de mediana estatura, está casado como veinte años con Berta Sepúlveda. Cursó la primaria y



SU MUJER, SUS HIJOS.



EN SU CIUDAD NATAL.

luego siguió cultivándose solo. Es un hombre que ama la vida y se le nota en la mirada bondadosa que escapa de sus ojos tan abiertos como los de sus mismos pájaros. Y hay cierto juego entre su rostro y el de ellos... Es sencillo y habla con verdad; auténtico y espontáneo no le importa contradecirse ni encontrarse raro, no busca parecer nada, sino ser quien es sin ningún compromiso. El compromiso suyo es otro: dar belleza honestamente siendo siempre él mismo. Y su crítica es justa.

Le escuchamos.

—No tengo rencores. De niño la naturaleza me borraba todo lo malo o dramático que veía. Me levantaba a las seis de la mañana y les ayudaba a retirar la red a los pescadores. Llegaba con montones de pescado a mi casa. Mi casa era como una novela. Nadie se quejaba. Se mataban chanchos, se refa... Nunca aprendí a jugar a las bolitas ni al trompo, no tenía tiempo. Sufría para Navidad cuando veía el gran hotel del pueblo lleno de luces, con un tremendo árbol de Pascua con chocolates, paquetes vistosos y juguetes... En mi casa no había esas cosas... Pero había alegría y amigos y música... una guitarra y pensaba... “cuando sea grande le compraré una

victrola a mi madre”; nunca se pudo porque cuando llegó la abundancia ella ya no estaba. Me dejó solo muy temprano para partir al descanso de siempre. He pasado frío y hambre. Pero frío de verdad, de no sentir el cuerpo. Esto no me hace sentir odio hacia nadie ni a nada. Yo soy feliz, y me encuentro raro, inmaduro, el tonto más grande del mundo. Un niño. Pero me conozco.

Como nunca tuve casa y hasta hace muy poco me tocó vivir en una pieza y hasta en el gallinero, nunca me he sentido como que realmente tenga casa. Pero me gustaría vivir en una habitación grande sin nada, de paredes cementadas, como un taller y con un par de libros y buena música, encerrado en mí mismo. Y a la vez, adquirir toda la pintura que me gusta. Tengo ya buenas cosas: un Antúnez, un Carreño y quisiera tener un Matta, por ejemplo, y algo de los maestros antiguos, de Antonio Cid, de González, de la generación del 13 que es la que más me gusta.

EL ARTE

—Por lo general quiere escaparse de la naturaleza, se quiere ser un ser especial y lo mejor es comprender que somos naturaleza y que corremos una vida misma, de nacer y morir iguales. El mal del mundo está en que se quiere llegar a cumbres extraordinarias sin descubrirse a sí mismo.

A la gente lo que más le importa es ganar dinero y los otros valores no son apreciados. A cada obra mía la quiero y no me importa quedarme con ella. Trabajo todos los días del año y demoro tres o cuatro días en cada tela. Descubrí el mundo de los pájaros que es infinito. Cuando los pinto me olvido que son ellos y pienso que estoy haciendo la humanidad. No es snobismo. Son mi Chile. Son un ser humano. Cada vez que termino una obra agonizo y quisiera guardarlas todas conmigo junto con ese estira y afloja de darle lo bueno a los demás y, ¿cómo dejarlo además conmigo? También pinto otras cosas, pero el público me pide pájaros. Yo no tengo preferencias. Me dicen algunos “¿por qué no pintas otra cosa, hombre?”, y yo no quiero, creo que debo cada día hacerlos mejor. Hoy son muchos los que lo hacen. Algunos llegan pidiéndome: “¿por qué no me hace una guagüita dentro de una jaula?”. ¡Qué crueldad más grande! ¡No!

Mis gallos son un reflejo de mi niñez, de lo que quedó en mí. Así como en ese entonces pintaba cowboys, perros o tarzanes. Copiar no cuesta nada, lo difícil es crear.

El arte es un amasijo de ternura, de pena, de violencias. El arte es equilibrio: color, dibujo, composición, reflejo del individuo. Y el universo también es un equilibrio... ¡si no todo explotaría!”

Héctor
herrera

Y PABLO NERUDA
ESCRIBIO ACERCA
DE HERRERA

EL PAJARERO

De esto hace varios años. Santiago de Chile se había acostumbrado a su desventaja inconclusa, a su feaciente fealdad. Ciudad improbable, como un verano sin sandías, como un invierno desprovisto de música. Ciudad irreconciliable y amorosa en que, sin embargo, nadie ballaba en la calle o leía a Vicuña Mackenna en el tejado.

Se abrió la puerta de Santiago, y entró Héctor Herrera. Se sacó un pájaro del bolsillo y lo dejó aleteando sobre una mesa de mármol. Se sacó otro pájaro de un ojo y éste cruzó las cordilleras. Luego se sacó uno más, del fondo de su pecho, y este pájaro se quedó a vivir con nosotros.

Luego el hombre aprendió y sacó de la tierra, de las nubes, de los techos de zinc, de las cantinas, del Senado, del río Mapocho, de la nieve, de la calle Bandera, de todo lugar y a toda altura, pájaros de plumaje sagrado, aves de corazón popular, palomas de azufre, gallos de greda, diucas verdes, zorzales geolocos, pájaros de su propia invención, siempre descomunales y fragantes.

Todo cambió. La ciudad empajarada por su artesanía mágica se hizo soportable, sonora, primaveral. Se llenó de ilusiones, sueños, laberintos llenos de pájaros. La ciudad eliminó cortapisas, juzgados, operaciones quirúrgicas, malas intenciones. Por todas partes la gente comenzó a sonreír. Sonreían con sonrisa de pájaro. Toda la ciudad quería volar.

Héctor Herrera hizo el milagro. Aquí lo tenéis.

Pablo Neruda.

En febrero, en Isla Negra, en 1970.

EXPOSICIONES

1950. 1.era exposición pinturas en Tomé.

1957. Instituto Chileno Francés de Valparaíso.

1961. Instituto Chileno Norteamericano (Colectiva).

1961. 2.a Feria de Arte de Viña del Mar.

1962. Feria de Arte Popular.

1963. Sala Cuba (con Manzanito). (Homenaje al décimo aniversario gesta de Moncada).

1964. Exposición Arte Popular (Museo Arte Contemporáneo).

1965. Primera Feria de Arte Popular (Concepción).

1966. Ilustración libro "Arte de Pájaros" de Neruda.

1968. Lima, Perú, Primera Feria Bienal Artesanía. (Feria del Pacífico, participa con Antúnez, Toral y Carreño).

1969. 20 Artesanos Contemporáneos. Inst. Cultural de Providencia.

1969. Exposición conjunta con Santos Chavez - The Renaissance Society, Universidad de Chicago. Cuarto Centenario Ciudad de Castro, Chiloé. Feria de Artesanía.

1970. Instituto Chileno Francés de Cultura.

1970. Museo Smithsonian, USA.

1970. Casa de la Luna Azul (Colectiva).

1971. Terraza Cerro Santa Lucía. Homenaje Revolución de Octubre.

Viajes a Perú, Brasil y USA.

PAJARERO

Y HAY UN JUEGO entre su rostro y el de sus pájaros...

